

36º Un joven donante

Una enfermera entró en mi despacho con ánimo alterado. Me comunicó que una de sus compañeras estaba poseída, y estas fueron sus palabras, poseída por una crisis nerviosa y sollozando de manera inconsolable. Por mi cargo de enfermera jefe, me sentí obligada a intervenir, tanto por trabajo como por humanidad.

La encontré en el estado en el que me habían advertido, pero su estado era peor de lo que en un primer momento me pareció. Hice que nos dejaran solas en la pequeña salita, sin compañía ya, me senté a su lado y con voz firme, marcando intencionadamente mi autoridad a aquel cuerpo tembloroso y convulso, le dije con palabras secas y cortas, para lograr un mayor efectismo teatral.

- Deja ya de llorar como una muchacha noña de prácticas. Ahora no es el momento de lloros ni de lágrimas, ahora es momento de hablar, por tanto, cíñete a los hechos y dime que te ha ocurrido. Hasta ese momento sospechaba dos cosas, una negligencia profesional grave que hubiese puesto la vida de un paciente hospitalizado al borde de la muerte o a la muerte misma, o que hubiese sufrido un acoso sexual traumático por parte del personal del centro hospitalario.

La primera opción la descartaba prácticamente, porque se me hubiese comunicado y como última responsable me enteraría con prontitud, la segunda opción es a la que daba más verosimilitud.

La enfermera permanecía con la cara entre sus manos, llorando como María Magdalena ante la crucifixión del Nazareno.

- Quieres dejar de llorar de una vez, insistí, hablar y ceñirte a los hechos. Si no me lo cuentas no podré defenderte, soy tu superior responsable. En este punto le acaricié la cabeza y lentamente le retiré las manos de la cara.

- Cálmate ¿hubo alguna negligencia con algún paciente?, pregunté mientras sujetaba afectuosamente sus manos entre las mías. Ella negó con la cabeza. Por mi parte, ante esa respuesta me tranquilicé, pues, aunque creía que ese no fuese el motivo, de serlo sí que era una situación muy complicada, ya que en esos aspectos era muy inflexible e insobornable.

- Alguien del centro se propasó contigo, tuviste algún acoso violento, ya entiendes a lo que me refiero, ella negó con la cabeza y entre sollozos exclamó.

- Esas serían tonterías, ojalá hubiese sido eso.

- ¿Ha habido un fallecimiento familiar muy cercano y la noticia te afecta de tal manera que te derrumbó?, volví a preguntarle con voz relajada y tratando de tranquilizarla, porque no se me ocurría ninguna otra cosa que pudiese afectarla de esa manera.

No es que la conociese demasiado, pero no era especialmente nerviosa ni excitable, estaba considerada como buena profesional y su carácter era por lo común animoso y querida por los enfermos.

Negó moviendo la cabeza, mientras por sus mejillas se deslizaban abundantes lágrimas.

Le acerqué unos pañuelos de papel y yo misma le sequé sus húmedas mejillas.

- Si nada me cuentas, nada podré saber, y como soy la jefa de enfermeras, yo tengo la obligación de saber y tú tienes la obligación de contar. Siempre que sean hechos profesionales referentes al hospital. Si son cosas personales ajenas al hospital y al trabajo, no hay obligación ninguna por ambas partes.

Levanté su rostro por el mentón y la fijé mi mirada directamente en sus ojos, ¿tiene que ver con el hospital y con tu trabajo?

- Sí, sí, sí, respondió y volvió a sollozar de nuevo.

- Pues como son cosas del hospital, que nos afectan directamente, te dejas de ñoñerías, abres la boquita y me cuentas lo ocurrido sin guardarte nada, porque tengo ocupaciones que me esperan y por la que me pagan por hacer.

Hice una pausa, otra vez cogí sus manos y añadí,

- Estoy esperando escucharte.

- Estaba en servicio de quirófano, dijo, íbamos a extraer órganos para trasplantes. El donante, era joven, estaba en la mesa de operaciones, hablábamos las conversaciones normales de las operaciones, casi siempre de fútbol, el Barcelona jugaba con no sé quién y empezaron a cortar, siguieron hablando y se contó algún chiste, nos reíamos. De pronto me fijo y el donante estaba llorando, las lágrimas corrían por sus mejillas. Mientras la escuchaba tenía yo sus manos entre las mías, al oír esto último las apreté con fuerza de manera involuntaria al tiempo que sentí un tremendo golpe en el pecho que casi me arroja del asiento. Ella continuó hablando.

- Di un grito, solté las pinzas y les mostré lo que sucedía, los cirujanos se quedaron de piedra, comenzaron a decir tacos, nerviosos, no sabían que hacer, llamaron a anestesia, mientras tanto las lágrimas seguían rodando por las mejillas del donante, en un movimiento involuntario puse una de mis manos en la frente del joven, pues para mí ya no era un donante. Le inyectaron una dosis para dormir a medio hospital, estábamos horrorizados. Poco después las lágrimas cesaron.

Únicamente se hizo un comentario, ¡joder, hay que seguir, ahora hay que seguir, todos estamos en esto!

Durante el resto del trabajo no se hizo ni un solo comentario, el silencio del quirófano era tal que se podían oír los latidos de nuestros corazones. Cada uno realizó su parte del trabajo, pero los pensamientos debían estar volando a distancias lejanas del quirófano.

Finalmente, se recomendó que aquel incidente no debía salir de allí.

En todo momento me mantuve realizando mi cometido, con una serenidad, creo, superior a la de los cirujanos, pero al salir del quirófano me derrumbé, me asaltaron mil dudas, porque el donante estaba consciente, no sé si vivo, pero consciente sí lo estaba, y su cara, por la que se deslizaban lágrimas no puedo quitármela de la cabeza.

Con cada una de sus palabras se formaba un nudo en la garganta que me impedía tragar, me levanté y bebí agua, ofreciéndole un vaso a ella.

- A veces sucede, empecé a decirle, que se le escapan algunas lágrimas al donante, tu esto ya lo sabes, son como espasmos reflejos, involuntarios, no pude seguir hablando, corté rápidamente variando mi falso discurso. Voy a llamar a un neurocirujano y que te lo explique mejor que yo, que para eso es neurocirujano.

Me ausenté de la salita, pálida como un cadáver, eso fue lo que me dijeron a la salida, yo respondí que era un poco de vértigo debido a las cervicales.

Descolgué el teléfono, me pusieron con neurocirugía, me debían algunos favores, además de un buen trato tenía amistad con alguno de ellos.

- Si no estás ocupado y puedes, te rogaría que bajases lo antes posible a la planta tercera, te pongo en antecedentes, la enfermera estaba de servicio en quirófano...

Al cabo de un rato escucho del otro lado, ¡no me lo puedo creer! ¡no me lo puedo creer!

- Pues créetelo y le vas a explicar todo el protocolo desde el principio hasta el final y te las vas a ingeniar para convencerla de que es un efecto normal pero infrecuente, que está descrito científicamente, etc., etc. En otras palabras, miente como un político, o como un médico que por ahí andaréis, aunque los primeros lo hacen intencionadamente y a sabiendas y vosotros por ignorancia.

No tardó en presentarse, su rostro, lo observé, estaba contraído y tenso.

La enfermera repitió ante él, lo que antes me había contado a mí, me fijé como tragaba saliva varias veces intentando mantener una compostura de autoridad médica sabelotodo, yo sabía que estaba tan horrorizado como la enfermera y desconocía la causa para que pudiese impresionarlo tanto, siendo todo esto a él ajeno.

Escuchó hasta la última palabra, le preguntó si había movido algún párpado o había realizado algún movimiento del rostro, la enfermera respondió que no era consciente de eso. Pero al poner mi mano sobre la frente del joven sentí como una especie de extraña sensación, como una especie de descarga energética muy sutil y ligera, que resultó ser agradable, reconfortante mientras mi mano estuvo posada sobre su frente.

- Voy a explicarte lo sucedido, el donante ingresó por traumatismo craneal por accidente, la inflamación del cerebro motiva que la vascularización sea tan mala que impide que la sangre pueda transportar oxígeno al cerebro, con lo que, un cerebro sin oxígeno conduce a un estado letal. Por otro lado, el cerebro al inflamarse cada vez más aumenta de tamaño, este al no tener la posibilidad de expandirse dentro del cráneo, aumenta la presión y fallece. Es lo que se denomina, como bien sabes, muerte cerebral o muerte encefálica. Esto es lo que le ha ocurrido a este donante.

La enfermera lo interrumpió,

- Pero estuvo llorando, se deslizaban lágrimas por sus mejillas.

- Tranquilízate, le dijo, dos médicos y un neurocirujano certificaron su muerte clínica, después hubo la certificación legal o administrativa por parte del juez.

La enfermera volvió a insistir,

- No era una lágrima, eran regueros de líquidos que se desprendían de sus ojos lo que indica que sentía lo que se le estaba haciendo o al menos que escuchaba lo que se estaba hablando.

- Puedo asegurarte, continuó el neurocirujano, que las pruebas clínicas que se hicieron fueron las estipuladas para estos casos, y puedo asegurártelo porque yo mismo tomé parte en esas pruebas y en ese informe en el que consta mi firma.

Al oír esto, se me desveló el motivo del por qué se encontraba tan afectado, el caso no le era ajeno, al contrario, le tocaba de lleno.

- Además, siguió hablando ante la muchacha que lo escuchaba con atención, pero a todas luces bien lo veía, que, aunque creía en sus palabras, no creía en sus intenciones. Además, nosotros los que certificamos su muerte cerebral, no podemos por ley y protocolo hospitalario participar ni en la extracción de órganos, ni en sus posibles trasplantes, impidiendo con ello o poniendo dificultades a posibles comercializaciones, preferencias de trasplantes o intereses de otros tipos. Puedes estar tranquila, el donante se encontraba en muerte cerebral, se le mantenía con las constantes vitales en vida artificial y asistida, como tu bien sabes, con aparataje y fármacos.

La enfermera insistió,

- Por qué se pusieron todos los del quirófano nerviosos y a gritar y a no saber qué hacer y después de proporcionarle una sedación para una manada de caballos, todos permanecemos en el más estricto silencio. Allí paso algo muy raro. Estoy convencida que nos escuchaba y era consciente de donde estaba y de lo que se le estaba haciendo.

El neurocirujano palideció, le acerqué agua, la bebió de un trago.

Un instante después ya repuesto siguió hablando.

- Es normal que sucediese así, no es frecuente pero alguna vez ha sucedido, su mirada se cruzó con la mía buscando complicidad, hay referencias en la literatura científica de idénticos casos como el que has descrito, casos que están bien estudiados y obedecen a causas fisiológicas y neuronales complejas.

Las reses muertas en el matadero después de horas, tienen espasmos musculares, una persona fallecida, si es varón, la barba le sigue creciendo, al igual que su cuerpo se alarga quedándole la ropa pequeña, en este último caso es debido a que los músculos con el relajo del rigor mortis se estiran.

En lo referente a la tensión de los que estabais en el quirófano, fue una situación peculiarmente anómala que os cogió desprevenidos, originando momentos de confusión porque no era eso lo esperado, eso ha sido todo. No obstante, hablaré con mis colegas porque el caso es curioso e interesante para enviarlo a alguna revista de neurocirugía y neurología. Debes tranquilizarte y hacer caso de lo que te he dicho.

En este punto intervino, recomendando unos días de baja laboral, a él le pareció una idea excelente en vista del estado alterado en que se la veía,

- Diez días estaría bien, dijo él.

- Quince días y tendrá un restablecimiento completo, dije yo.

Le redactaron el informe para su médico de cabecera.

- Pero lo pondrás con fecha de dos días a partir de hoy. Me dirigí a ella, el motivo no es otro que verte mañana en el hospital y entrar en servicio de quirófano consiguiendo con ello eliminar la mala impresión causada. Si no lo haces y cogieses mañana mismo la baja laboral, cuando te incorporases esa impresión podría estar incrementada o incluso permanecer para siempre limitando parte de tu futuro laboral. Ahora puedes irte con mi permiso y bajo mi responsabilidad a tu casa.

Al quedarnos solos le dije,

- Ha sido una gran actuación y muy convincente, ¿has pensado alguna vez dedicarte a la política?, y entre nosotros, ¿Qué ha pasado, cómo pudo haber sucedido?

Se encogió de hombros, suspiró y dijo,

- No lo sé, ni quiero saberlo, añadiendo, necesito olvidarlo yo también y lo antes posible, aunque sospecho que esto me atormentará de forma recurrente durante largo tiempo.